

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

JAVIER CARBAJAL



► Unas mujeres se pasean por el jardín Ferran Soldevila, ayer.

El jardín de las caritas felices

Es un cartel en el jardín Ferran Soldevila, en el edificio histórico de la Universitat de Barcelona, el que, en parte, motiva esta crónica. En el cartel se muestran diferentes ecosistemas: una zona industrial, una zona residencial, una zona urbana, una zona verde, y cada zona tiene una carita –feliz o triste– que describe su valor económico, cultural y social. Las zonas verdes, sean parque o bosque, muestran una carita feliz en el valor social, cultural y ambiental, y una carita triste, quizás malhumorada, en el valor económico.

El jardín Ferran Soldevila es un corredor verde entre la calle de Enric Granados y la plaza de la Universitat. Este julio está abierto al público y, durante el día, son sobre todo los extranjeros los que lo disfrutan. Los estudiantes se quedan en los claustros de la universidad y los barceloneses, en esta época agria, pareciera que no tienen tiempo de detenerse un segundo para pensar.

De hecho, ayer al mediodía llegó al jardín después de que, de nuevo, a mi teléfono llamara una mujer diciendo que la compañía de gas le ha hecho este mes una lectura estimada de consumo de 522 euros y que su consumo mensual no ha so-

brepasado nunca, desde que la moneda europea entró en vigor, los 52 euros. La mujer me explicó que había llamado a un 902 (entre 17 y 20 euros más en la próxima factura de teléfono) y, luego, se puso a llorar impotente. A esta llamada, se sumaba un mail de un lector de este periódico. El hombre escribía que ciertas empresas hacen gala de esta cultura laboral según la cual darte un trabajo es «hacerte un gran favor» que implicará que tendrás que «convertirte

«El clima de tristeza es contagioso», dice Thelma Seguí en el jardín Ferran Soldevila

en un fervoroso creyente de su misión, valores y filosofía» y, todo ello, por 650 euros al mes.

Adam Smith escribe que ninguna sociedad «puede prosperar y ser feliz si la mayoría de sus miembros son pobres y desdichados». Lo escribió en el siglo XVIII, un siglo antes de que el jardín Ferran Soldevila abriera sus puertas en 1871.

Entré al jardín con mal cuerpo y me encontré con el runrún del agua.

En un panel se informaba que a las 21.00 horas, los martes y los jueves del mes de julio, se celebran conciertos gratis en este espacio precioso. Ayer había una terraza montada que patrocina una marca de cervezas, pero los espectadores también pueden sentarse en los bancos públicos y disfrutar de la música.

Luego, veía el cartel en el que se explica que el jardín tiene el tamaño de un campo de fútbol y que hay 155 especies de todo el mundo y que estas, en realidad, ya son sostenibles porque se han adaptado al medio con esa capacidad que tiene la vida de adaptarse a todo.

Paseaban unos turistas alemanes, se tomaban fotos frente a la fuente. Una pareja de británicos se sentaba y sacaba lo que me parecía era una guía y, luego, veía que era un libro de **Colm Tóibín** titulado *Homenaje a Barcelona*. Una chica sacaba sus acuarelas junto a un pequeño campo de flores. Se llama **Thelma Seguí** y explicaba que acude al parque «de vez en cuando». Vive cerca y este jardín es como un oasis «de paz y de tranquilidad». **Thelma** vino a Barcelona a estudiar un máster en arquitectura y, decía, ahora cada mañana se plantea si debería hacer las maletas. ¿Por la crisis? «El clima de tristeza es contagioso». No es la primera persona a la que escuché hablar de esta epidemia. Si fuera un personaje sería como los hombres grises de *Momo*. Quizá en el libro haya el antídoto. Entonces, todas las caritas del jardín serían felices. ■



apiedecalle@elperiodico.com